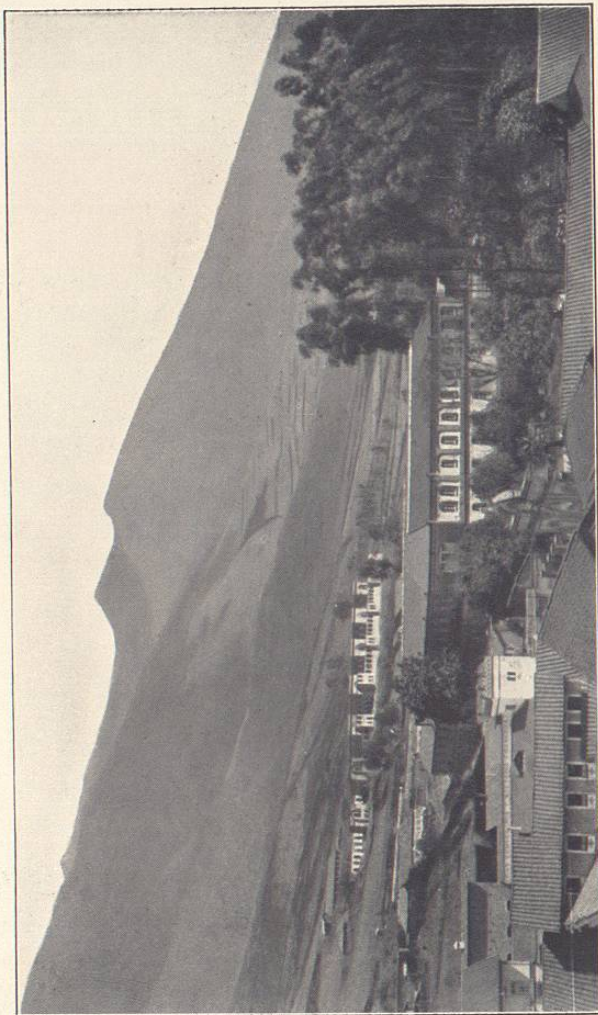


real que llevaba el alférez Hernando de Ahumada. Pizarro, que traía casi el número doble de soldados que el virrey, los desplegó en orden igual y paralelo, á pocas cuerdas de distancia. Trabóse la lucha encarnizada por ambas partes: los unos claman ¡libertad! los otros ¡lealtad! Entre los del virrey hace prodigios de valor Sancho Sánchez de Ávila y cae acribillado por cien enemigos que le rodean; el mismo Benalcázar rueda herido bajo los pies de los caballos, é idéntica suerte les cabe á los jóvenes Cepedas y á su hermano Agustín, mientras Antonio de Ahumada recibe un tiro mortal de arcabuz, y Hernando, abierto el vientre por un horrible lanzazo, abate exánime el estandarte y huye en medio de la derrota¹. El desventurado Blasco Núñez, que se portó valerosamente, dando ejemplo al ejército leal y viendo caer uno tras otro á sus compañeros, había sido ya derribado de su caballo de un hachazo: reconocido cuando yacía en el suelo y encomendaba su alma á Dios, le cortó la cabeza con un cuchillo el negro esclavo de uno de sus más crueles enemigos. Entre muertos ó heridos, la tercera parte de las tropas del virrey había perecido.

En el sitio donde murió Don Blasco Núñez Vela, primer virrey del Perú, se levantó después la iglesia de Santa Prisca, y destruida ésta por el terremoto de 1868, álzase hoy la hermosa fábrica del Seminario Menor de San Luis, en cuyos patios y huertas corrió sin duda alguna la sangre de los hermanos de Santa Teresa de Jesús².

¹ Creemos injusto acusar de cobardía ni mucho menos de traición al hermano mayor de Santa Teresa, como lo hace tal vez el cronista Herrera; la herida misma de Hernando de Ahumada prueba que combatía de frente, y explica su impotencia para sostener el estandarte real; en la fuga faltóle heroísmo, pero ya la derrota estaba pronunciada, y él había cumplido con su deber. (Véase en el Apéndice el núm. III, c.)

² «Estos cinco hermanos, antes de entrar en batalla, renunciaron por escritura pública sus bienes, instituyendo por única heredera de todos ellos, para el caso de que muriesen en la pelea, á su hermana D^{ña} Juana



Seminario menor de Quito, al norte de la ciudad y al pie del Fichincha.

Á la derecha, en el bosquecillo de eucaliptos, está el sitio donde murió el virrey D. Blasco Núñez Vela, en la batalla de Inaquito; no lejos de allí debió de caer mortalmente herido Antonio de Ahumada.

Éstos quedaron heridos en el campo de batalla y fueron despojados por los indios, que á manera de aves de rapiña se precipitaron allá entre las sombras de la noche. Los mismos soldados avilese que recogieron el cadáver del virrey para darle honrosa sepultura, favorecerían también á sus jóvenes capitanes compatriotas, poniéndolos á buen recaudo en el asilo de las iglesias y conventos de Quito, donde permanecieron ocultos durante los días de terror y desenfreno que siguieron al triunfo de Pizarro; y consta, por la información jurada de Lorenzo de Cepeda, que «herido y despojado, corrió muy gran riesgo de la vida por lo mucho que había servido á su Majestad, y ser persona de tanta calidad y tan conocida». Él fué quien salvó el sello real, guardándolo con sigilo todo el tiempo que anduvo oculto ó desterrado, hasta que pudo devolverlo al presidente La Gasca en persona. Antonio de Ahumada falleció á consecuencia de sus heridas, en el mismo campo de batalla, ó pocos días después en Quito, donde fué enterrado. Cuando ya las pasiones sanguinarias de los vencedores se hubieron calmado y el Adelantado Benalcázar pudo regresar á su gobierno de Popayán, Lorenzo y Jerónimo de Cepeda salieron de Quito prófugos, á pie, y se refugiaron en Pasto, donde asimismo se estableció Hernando y tal vez estuvo algún tiempo Agustín. Ayudaron allí al Adelantado en la pacificación de aquellas tribus.

Vela Núñez, que se había separado del virrey en Pasto para ir á traerle refuerzos de Panamá, cayó en manos de los partidarios de Pizarro en el puerto de Buenaventura, fué conducido preso á Quito, pero entonces se le perdonó la vida. Al año siguiente, hallándose en Lima, se dejó engañar por un espía de Pizarro, y cuando ya había con-

de Ahumada en España» (Ilmo. González Suárez, obra citada). Esta escritura se conservaba aún á mediados del siglo XVII en la iglesia de San Vicente de Ávila.

certado con él su vuelta á España, le mandó degollar el tirano, acusándole del crimen de traición, cuyo estigma afrentoso llevaba él mismo: así murió, poco después de su infeliz hermano, el no menos desgraciado padrino de Santa Teresa. «Causó esta muerte», dice un célebre historiador de Indias, «grande y general lástima en todo el reino, por ser Vela Núñez muy virtuoso caballero y bien quisto de todos.»¹

No pasó mucho tiempo sin que Gonzalo Pizarro obtuviese el merecido premio de su traición. Uno de los sucesos más notables de la historia de América y que redundaba en honra del estado eclesiástico, fué la venida del presbítero Don Pedro de la Gasca con el título y las omnímodas facultades de Presidente, gracias á las que y á su consumada rectitud, prudencia y energía, se pacificó todo el Perú y comenzó á organizarse estable y definitivamente este virreinato. Desde que llegó á Panamá, donde se estuvo algunos meses, La Gasca hizo llamamiento á las ciudades con sus cabildos y vecinos, excitando su religión y fidelidad al rey para combatir y sujetar al conquistador rebelde. No nos toca describir el modo cómo entró en el Perú y fué poco á poco haciéndose dueño de la situación. Había resuelto La Gasca reconcentrar sus tropas en Jauja, y allí es precisamente donde fueron á reunirse con él y rendir homenaje de vasallos leales á la Corona Lorenzo y Jerónimo de Cepeda, aderezados como genuinos hidalgos con sus propias armas y caballos; encontraron también á su hermano menor Agustín, bizarro mozo que ya se había juntado antes que ellos con el presidente. Don Lorenzo le entregó el sello real del virrey Núñez Vela, de lo cual se holgó mucho La Gasca, y sabedor de los servicios prestados y de los trabajos sufridos por los tres hermanos en la

¹ Agustín de Zárate, Historia del Perú, I. VI, c. 8.

buena causa, los acogió con mucha benevolencia, tanto más cuanto que debía de conocer su familia, por ser él mismo oriundo de la provincia de Ávila. Siguiéronle, pues, desde Jauja hasta el Cuzco, á las órdenes de jefes tan famosos como Benalcázar, Centeno y Valdivia, y tomaron parte en el combate, ó mejor dicho, fácil vencimiento de Gonzalo Pizarro, en el valle de Jaquijaguana, el 9 de abril de 1548.

Obtenido tan barato el triunfo sobre la formidable rebelión del último de los Pizarros, que la pagó con la vida, La Gasca regresó á Lima, y empleó algunos meses en pacificar y organizar la rica y desgarrada colonia, en recompensar á los oficiales y soldados que habían dado muestras de valor y lealtad. Entre aquéllos se contó á los tres hermanos de Santa Teresa, especialmente á Lorenzo de Cepeda, que recibió entonces su primer repartimiento de tierras y encomienda de indios, esto es, hacienda y feudo, en la provincia de Quito; hallábase en la actual parroquia de Píntag, y comprendía el caserío hasta hoy muy numeroso de los indios de Tolóntag, todo lo cual le redituaba unos mil quinientos pesos por año¹. Del premio que recibieron sus dos hermanos, no tenemos noticia precisa.

Tranquilizado de este modo el Perú por algunos años, los hermanos de Santa Teresa comenzaron á arraigarse en estas comarcas. Hernando se avecindó en Pasto, donde tenía su encomienda, y con él estuvo después Pedro; Lorenzo y su inseparable Jerónimo residieron en Quito;

¹ «Lorenzo de Cepeda tiene por encomienda del presidente Gasca *Yolunto (Tolóntag ?), Pinta, Gao.* ¡Vdl.» (La ciudad de Sant Francisco del Quito, 1573. Memorial publicado en las «Relaciones geográficas de Indias», t. III, p. 78.)—La hacienda de Tolóntag pertenece en el día al monasterio de clarisas de Quito.—Esta encomienda se dió á Lorenzo de Cepeda el 22 de noviembre de 1548, la que antes había sido de Bartolomé de Zamora.

mientras el más joven é inquieto, Agustín, andaba buscando fortuna en el Perú y las lejanas tierras de Chile, como luego lo veremos. Ninguno de ellos, sin embargo, estaba en edad de apetecer el descanso y contentarse con lo conseguido.

Poco después, en 1550, encontramos á Hernando guereando en la provincia de Antioquia al norte de Popayán, adonde había sido enviado por Benalcázar, al mismo tiempo que la Audiencia de Santa Fe despachaba para la conquista de aquellos territorios al capitán Francisco Núñez Pedroso. Hubo altercado entre los dos conquistadores, tuvo que ceder Pedroso, y Cepeda no pudo hacer otra cosa que combatir á tribus aguerridas que le forzaron á desistir de la empresa. Joán de Castellanos, ya citado, nos da esta noticia con precisión más histórica que poética.

Corriendo pues del parto de la Virgen
Años cincuenta sobre tres quinientos,
Un diestro capitán, Francisco Núñez
Pedroso, de quien ya tractamos antes,
Fué por estos Oidores proveído
Á la jornada dentro los dos ríos,
Á cuyos senos voy encaminando.

Éste salió con gente valerosa,
Soldados escogidos y cursados
En las penalidades de conquistas,
Do la seguridad más evidente
Amenaza con muerte trabajosa:
Ochenta fueron estos compañeros
De caballos y armas pertrechados,
Y en número pasaban de quinientos
Los indios que llevaban de servicio.

Entró con este buen aviamiento
Adonde lo llevaban sus intentos,
Siendo con estos mismos ya salido
De la ciudad de Arena, subyacente
Á la de Popayán, con más posible
El capitán Fernando de Cepeda,
Á fin de subyectar aquellos indios

Á la ciudad de Santa Fe nombrada,
Que de la de Antioquia tiene nombre,
De quien hemos tractado largamente
En el discurso de Pedro de Heredia.

Estos dos capitanes que decimos,
Aunque entraron por vías diferentes,
Sin saber uno de otro, se juntaron
Y tuvieron pesadas diferencias,
En las cuales Pedroso, descompuesto,
Al reino se volvió do residía,
Quedándose Cepeda más pujante,
El cual con aquel bárbaro gentío
Tuvo batallas y recuentros varios
Que contrastaban siempre sus intentos;
Y así potencia bárbara le hizo
Dejar de proseguir esta demanda
Con pérdida de muchos españoles¹.

Después de esta contrastada expedición, es probable que Hernando de Cepeda ó Ahumada se ocupó en algunas otras contra los indígenas del Nuevo Reino de Granada. AVECINDÓSE en Pasto, y allí debía de estar cuando su hermana carmelita le escribía ó mandaba recuerdos con Lorenzo en 1561 y 1570. Posteriormente lo perdemos de vista; y sólo hay noticia, á nuestro parecer dudosa, de que regresó á España á solicitar mercedes del rey Don Felipe II y se casó allí con Doña Leonor de Jerez, noble señora avileña, en la que tuvo á su hija Doña Leonor de Ahumada, de quien descenderían las familias de la aristocracia española, que reclaman parentesco con Santa Teresa de Jesús, entre otras la de los marqueses de las Atalayas².

Vuelto La Gasca á España, donde murió de obispo de Sigüenza, gobernó poco tiempo el Perú su segundo virrey

¹ *Joán de Castellanos*, Elegías de varones ilustres de Indias: Historia de la gobernación de Popayán (ed. Ribadeneira, p. 508).

² Véase en el Apéndice el núm. IV.

Don Antonio de Mendoza, á cuya muerte alzóse en armas en el Cuzco el capitán Francisco Hernández Jirón, y se mantuvo con mucho partido más de un año. Salieron en contra de él los Oidores de la Real Audiencia de Lima, que en la vacante del virreinato desempeñaban el gobierno. Consta que se alistaron bajo sus banderas los mismos tres hermanos Lorenzo, Jerónimo y Agustín, que habían estado con La Gasca. Tras algunos combates con éxito diverso, lograron al fin los Oidores vencer á Hernández Jirón en Pucará, cerca del Cuzco; acaeció esto á fines del año de 1554.

El tercer virrey del Perú, Don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, entró en Lima en julio de 1557, y entre otras cosas se ocupó en premiar á los fieles servidores de su Majestad. Era uno de ellos Don Lorenzo de Cepeda, que logró se le aumentase su encomienda con la de unos indios en el valle de Paute. Á la sazón tenía treinta y ocho años, estaba recién casado, y principiaba á formar esta familia quiteña, que el amor de Santa Teresa de Jesús ha hecho célebre.

Agustín de Ahumada, el último de los hermanos de la Santa, ganoso de mayores honras y riquezas, se adhirió á Don García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey, y con él marchó á Chile, donde acaso tendría ocasión de merecer en la guerra de Arauco. Como hijodalgo, iba con sus propias armas, llevando tres esclavos y ocho caballos. Hallóse en la fundación de Cañete, donde fué alcalde, y después en el descubrimiento de Chiloé. Sirvió en seguida como capitán de un cubo del fuerte de Arauco, peleando bizarramente contra los bravos araucanos, y salió «vencedor en diez y siete batallas, que se ofrecieron en aquella tierra», según el dicho admirativo del cronista carmelitano. Á su vez el licenciado Pedro de Oña, en su «Arauco Domado», narrando el furioso asalto de los araucanos contra Penco

y la brillante defensa de los españoles, hace mención especial de nuestro capitán, al lado del famoso Don Alonso de Ercilla.

Envueltos de coraje en blanca espuma
Están los dos Guzmanes y Ahumada,
Y Don Alonso haciendo con la espada
Aun más de lo que dijo con la pluma.
(Canto VI.)

Don Agustín sirvió también dos años como teniente del gobernador Rodrigo de Quiroga en Cañete. En todo gastó unos diez años de su vida en Chile y seis mil pesos de oro. Volvió en 1570 con licencia al Perú, á solicitar la recompensa de sus servicios, y allí le detuvo el nuevo virrey Don Francisco de Toledo, que le nombró de su Consejo de guerra.

El belicoso é incansable hermano de Santa Teresa debía de andar por entonces hartó preocupado de sus miras ambiciosas, y muy poco de su alma, puesto que la Santa, en su carta de ese año á Don Lorenzo, le escribe: «Estoy con hartó cuidado de Agustín de Ahumada, por no saber cómo va en las cosas de Nuestro Señor. Harto se le ofrezco.» En carta del 4 de febrero de 1572 á Doña Juana, su hermana, le da esta noticia: «Agustín de Ahumada está con el virrey: Fray García me lo ha escrito. Mi hermano (se refiere á Don Lorenzo) ha casado dos sobrinas, y muy bien: antes que venga, las deja remediadas.» Estas dos sobrinas eran Leonor, hija de Agustín, y Juana, hija de Jerónimo, ambas naturales: por lo menos de la primera consta con evidencia, pues la misma Santa, en carta á la Madre María de San José, la priora de Sevilla, le dice, á 13 de diciembre de 1576: «En el Perú es adonde está mi hermano (Agustín), aunque ahora ya creo ha pasado adelante. De Lorenzo lo sabré. Mas para lo que allá les toca no tiene ése asiento, que aún no es casado, y hoy está en un cabo y mañana en otro, como

dicen.» Muy bien pinta con estas palabras la vida errante de su hermano.

Don Agustín de Ahumada, en efecto, muy favorecido del virrey, no sólo por cuenta de sus servicios, sino por recomendación calurosa de Fray García de Toledo, sobrino del magnate Don Francisco, fué ocupado por éste en casi todas las empresas de su gobierno, y en verdad que no se desempeñó mal. Tomó parte en la guerra que se hizo al cuitado inca Túpac Amaru, combatiendo en Vilcabamba contra las huestes de Titu Cusi, á cuyo general Curipaucar hizo prisionero. Prosiguió luego á la visita del distrito de la Plata con el virrey, quien le despachó contra los indios chiriguano, nombrándole después visitador de los indios de Charcas y de Lima¹. En premio de tan importantes servicios, por último, el virrey le nombró gobernador de los Quijos, Sumaco y la Canela, en 7 de diciembre de 1579, por cuatro años, «con los términos de trecientas leguas por doscientas».

En esta época, que ya coincide con los últimos años de la vida de Santa Teresa, deben sin duda de haber acaecido los frecuentes llamamientos de ella á su hermano, para que se dejase de codiciar mayor fortuna y regresase á España. Es innegable que solía escribirle entonces con este objeto, como lo declaró un testigo ocular, cincuenta años después². La Crónica de los carmelitas descalzos

¹ Datos bondadosamente comunicados por el erudito historiador chileno D. José Toribio Medina. Hállanse también en el Archivo de Indias.

² El general D. Francisco Ordóñez de Valencia, corregidor que fué de la ciudad de Quito, en la información que presentó D. Pedro de Cepeda, el 13 de marzo de 1627, dice «que Lorenzo de Cepeda y sus hermanos fueron hermanos de la Santa Teresa de Jesús, y sábelo por haber visto y leído cartas de la dicha Santa Teresa de Jesús escritas á un hermano de los susodichos nombrado el capitán Agustín de Ahumada, donde le trataba como á hermano, pidiéndole fuese á España, siendo el testigo de muy pocos años en casa de sus padres, donde mostró las dichas cartas» (Archivo de Indias).

cuenta lo siguiente. «Estando por gobernador en un lugar del Pirú, le escribió la Santa una carta en que le decía dejase luego el gobierno, y se saliese del lugar si no quería perder la vida y alma. Obedeció el temeroso caballero, dejando más de diez mil pesos que le valía la gobernación: pero dentro de breves días entraron los enemigos, y mataron al gobernador que le sucedió y á todos los del lugar. Tratando después desto de pretender un cargo de aquella tierra, recibió otra carta de la Santa en que le decía estas palabras: *Hermano mio, no tome oficio en las Indias, porque me ha dado á entender nuestro Señor, que si le toma y muere en él, se condenará.*» No acertamos á qué gobernación se refiere el cronista, pues el levantamiento de los indios de Quijos sucedió antes que entrase Ahumada de gobernador.

Sea como quiera, el mal aconsejado Don Agustín entró á su nuevo gobierno y fué reconocido por gobernador de los Quijos, en el cabildo tenido el 11 de agosto de 1580 en Baeza, la mezquina capital de aquellos territorios, no hacía mucho sitiada por los indios rebeldes, que ya habían destruído los pueblos de Ávila y Archidona, y cuya sublevación había sido por último reprimida con extraordinarios esfuerzos y castigada cruelmente. La gobernación de los Quijos, por lo demás, compuesta de extensas montañas vírgenes, con ríos torrentosos, ásperos senderos y apenas algunas miserables aldeas con pretensión de villas, en medio de tribus aún bravías, no era de las más codiciables y seguras; dado el reciente alzamiento de los indios, no era muy propicia que digamos la situación de Ahumada en su nuevo cargo; y razón tenía, aun humanamente hablando, su santa hermana, mejor avisada por su Divino Esposo, de disuadirle de aceptar nuevo oficio en las Indias. Don Agustín, desengañado por tantas dificultades, se propuso dejar su gobierno y regresar á España, como lo escribió á Teresa

en 1581. Por esto ella, á fines de este año, dirigiéndose á su cuñado Juan de Ovalle, le dice: «Sepan vuestras mercedes que han venido cartas de las Indias. . . . Agustín de Ahumada dice que verná de aquí á un año, y no rico, sino á que le haga merced el rey. Dicen se las hará, porque ha servido mucho, y terná el favor del virrey, que es venido.» Un mes después, el 19 de diciembre, á su sobrino Lorenzo regresado á Quito le dice: «Cuando ésta llegue, según me escribe estará mi hermano Agustín de Ahumada en el camino: plega á Dios le traya con bien. Si no fuese venido, vuestra merced le envíe ésta, porque no tengo hoy la cabeza para escribir mucho. Yo le digo á vuestra merced, que si no tray qué comer, que tenga harto trabajo, que no habrá quién le dé de comer, y para mí lo será, de no lo poder remediar, grande. . . . Recia cosa es en tanta edad ponerse á tan peligroso camino por hacienda, que ya no habíamos de entender sino en aparejarle para el cielo.»

Este fué el último celestial consejo que Agustín de Ahumada recibió de su santa hermana aun viva: porque es evidente que leyó la carta escrita por ella á su sobrino, ya que en octubre de 1582, cuando Teresa de Jesús moría en Alba de Tormes, él estaba en Quito, preparando una expedición á «cierta provincia la más rica de gente y oro que se ha visto, que según lo que della cuentan y señas que dan, se cree sin duda de ser *El Dorado*, en demanda de quien tanto y tantas veces se han perdido mil capitanes y gentes», según escribía candorosamente él mismo al virrey Don Martín Enríquez; y agregaba con no menos candor: «Yo me he movido á ello con muchas veras, no tanto de cobdicia, como porque creo se ha de hacer en ello gran servicio á Dios y á su Majestad.» Con este objeto estaba, pues, negociando en la Real Audiencia de Quito que le permitiesen llevar consigo hasta cien hombres; y de su sobrino Lorenzo obtenía tres ó cuatro mil pesos para los gastos.

Entró, en efecto, al descubrimiento del soñado Dorado; pero no dió con él, como era natural, aunque sí contribuyó de este modo á la exploración de las regiones orientales, hasta el país de los Omaguas, á orillas del Amazonas. Alega él mismo en su favor, que en la jornada no perdió ningún español por el regalo con que los llevaba, y que recogió á las ciudades pobladas más de dos mil indios, muchos de ellos cristianos, que andaban prófugos por las selvas.

Con todo, debía cumplirse el mal agüero de su bendita hermana, y para Don Agustín de Ahumada la gobernación de los Quijos no fué más que una fuente de sinsabores y persecuciones. Fué acusado de exacciones contra los indios, y el licenciado Pedro Venegas de Cañaverál, que á la sazón presidía la Audiencia de Quito, ordenó su prisión y secuestro de sus bienes, y que fuese traído á esta ciudad, en 27 de abril de 1584. Salió Ahumada secretamente con el propósito de ir á España ó siquiera á Lima, para vindicar su conducta y pedir mercedes por los servicios hechos; mas el prevenido oidor le hizo dar alcance en el camino, á cosa de cincuenta leguas, y le tuvo en la cárcel más de cinco meses, y le perjudicó de todos modos, mientras se ventilaba la causa ante la audiencia. «Logró vindicarse completamente y fué absuelto, pronunciándose auto de condenación contra sus acusadores.»¹

Regresó entonces á España, donde le encontramos ya libre y con real licencia para hacer su gusto en 1585. Allí debió de cerciorarse de las heroicas virtudes de la Monja Santa, que no era otra que su hermana Teresa, cuyo parentesco ya le servía en la Corte para alcanzar merced, en 1588, como la alcanzó á 24 de noviembre por una cédula real que le nombraba gobernador de Tucumán, y otra del 18 de enero de 1589, que le señalaba una encomienda de indios con mil quinientos pesos de renta.

¹ Ilmo. González Suárez, obra citada, t. III, p. 176, en la nota.

Olvidándose una vez más los deseos y consejos de su santa hermana, embarcóse de nuevo Don Agustín de Ahumada, ya sexagenario, para las Indias, y pudo llegar á Lima, pero no pasar de allí; de suerte que no puso los pies en su gobernación, ni murió en ella, lo que tan fatal le fuera. Antes bien, como refiere el cronista carmelita: «embarcóse, llegó á la Ciudad de los Reyes, enfermó mortalmente; conociendo el azote misericordioso, despidió del corazón toda ambición, y preparóse para la muerte. Acompañóle en la partida su santa hermana, que le asistió hasta ponerlo en la presencia del Señor, como en las informaciones de la canonización lo testifica el Padre Luis de Valdivia de la Compañía de Jesús, que le confesó.»¹ Murió, pues, en Lima, el año de 1591, «muy quitado de ruidos, por haberlos dejado muchos años antes», como reza otro documento: tenía entonces sesenta y cuatro años, y todos sus hermanos, excepto Doña Juana de Ahumada, le habían precedido á la tumba.

Don Agustín de Ahumada, por quien Teresa de Jesús sentía el afecto tierno que de ordinario se tiene al menor de la familia, es entre todos sus hermanos el que más bien realiza el tipo del conquistador americano, con sus virtudes y vicios. Denodado y sufrido, altivo y caballeroso, figuró entre los mejores capitanes, guerreando, ya en las cordilleras andinas, ya en las costas del Pacífico ó las selvas amazónicas, y en una extensión de más de ochocientas leguas. Durante cuarenta años continuos hallóse en descubrimientos de tierras desconocidas, expediciones contra los indios alzados en armas, guerras civiles entre españoles, pero siempre del lado de su rey. Le impulsaban la ambición de poder y

¹ Esto consta del sumario manuscrito sobre el don de profecía de Santa Teresa, en el cual es designado el P. Luis (de Valdivia) como el 38º testigo examinado en Madrid. *Acta Sanctae Teresiae*, de los Padres Bolandistas, p. 14, n. 8.

la codicia de riquezas, á no dudarle, si bien la honradez nativa y la fe cristiana heredada de sus padres le acompañaron dondequiera. Y la gran Santa, que fué el ángel tutelar suyo, como de todos sus parientes, al fin y á la postre logró con sus oraciones que el Señor le redujese por medio de desengaños y penalidades á abatir su orgullo, calmar sus bríos y acallar su ambición, hiriendo humildemente su pecho de pecador é implorando la misericordia divina; mientras ella misma le asistía en sus últimos instantes, sin separarse de él hasta asegurarle la eterna salvación. Con esta su nueva presencia espiritual cierra Santa Teresa de Jesús la odisea y el ciclo de sus hermanos en América.¹

¹ Véase en el Apéndice el núm. V.

Facsimile de la firma de Agustín de Ahumada, hermano de Santa Teresa, en el Archivo de Indias (Sevilla).